

El poder y la arrogancia

Inés Temple

Gerenta general
DBM Perú



Uno de los principales retos de quienes ostentan cargos con poder es mantenerse lúcido y claro sobre la fuente del mismo y su duración. Y es que muchas personas tienden a olvidar que el poder no es inherente a uno mismo, sino al cargo o a la función que se cumple. Las manifestaciones externas del poder confunden y seducen a punto de olvidar que toda posición es pasajera: tiene un comienzo y un fin.

Y muchos olvidan también

que el poder no es sino un medio para cumplir una misión, para servir a un fin mayor, no para disfrutarlo en beneficio propio.

Quienes detentan el poder muchas veces creen que son invulnerables al fracaso o que, porque ya lo tienen, no deben preocuparse por seguir creciendo, desarrollándose o preparándose para cuando ese poder acabe. Creen que su éxito de hoy garantiza el de mañana y olvidan que el mejor momento para crecer y cambiar es cuando a uno le va bien. Y es que si bien el poder se alcanza gracias a habilidades, logros o resultados, en ese esfuerzo también crecen nues-

tros defectos y debilidades.

Vemos esto en ejecutivos, profesionales, empleados privados o públicos, quienes descuidan sus carreras, su desarrollo y sus contactos en la fantasía de que el poder les durará siempre. Muchos incluso adoptan conductas arrogantes, dañando no sólo la consecución de sus metas inmediatas, sino que dañan irremediamente sus relaciones con personas a corto y largo plazo.

Olvidan a los amigos de siempre, dejan de devolver llamadas, contestar correos, ayudar a quien se puede. Cada llamada no devuelta o amigo desatendido, nos

“Muchas personas olvidan que el poder no es inherente a uno mismo, sino al cargo o a la función que se cumple. Las manifestaciones externas del poder confunden”

será cobrado más adelante y con intereses

Uno tiende a asociar al poder con los políticos, con los grandes empresarios o los gerentes importantes, pero todos aquellos que de alguna manera tenemos que tomar decisiones que afectan a otros, podemos cometer los mismos errores. Todos quienes tenemos responsabilidad de otorgar, negociar, asignar, controlar, informar, comprar, decidir, supervisar y elegir, estemos en el nivel que estemos.

No perdamos de vista que el mercado local es muy chico para generarnos gratuitamente gente que espera nuestra caída para cobrarse las ofensas recibidas.

La vanidad que puede traer el poder hace que nos acostumbremos a escuchar sólo a quienes nos

dicen lo que queremos escuchar, sin valorar opiniones divergentes, desconectándonos de la realidad, del mercado y de la organización y, peor aún, a convertirnos en inflexibles víctimas de nuestro propio éxito.

Por ello, quien tiene el poder enfrenta el gran reto de mantenerse muy lúcido frente a sus fortalezas, debilidades, cualidades y defectos, manteniendo su perfil profesional vigente, desarrollando nuevas competencias y un equilibrio interior para no perder vigencia.

Mantener una actitud de aprendizaje permanente, recordando que el poder está dado para hacer, para servir a muchos con coherencia, ética y principios, nos protege a nosotros mismos de la arrogancia del poder. ■